

y enseñoreando aquellas aguas dióse á correr con su victoriosa escuadra todo el litoral desde el Ebro hasta el cabo Martín, saqueando depósitos y talando los pueblos y campiñas de la costa, incendiando hasta los arrabales de Cartagena, sin que Asdrúbal hubiese podido hacer mas que avistar la catástrofe con el desconsuelo de no poder repararla, y seguir por tierra con piés y con ojos los rastros de la armada romana y ser testigo de los estragos que iba haciendo, hasta que tuvo por prudente retirarse á Cádiz mientras el romano daba la vuelta por Ibiza á Tarragona. Así reparaba Cneo Escipion en España por tierra y por mar los reveses que en Italia sufría Roma en el Tesino, Trébia y Trasimeno (217).

Al que marcha en bonanza y navega con próspero viento apresúranse todos á convidársele amigos: al que la fortuna se le muestra hosca y ceñuda, abandónanle los mas amigos y le vuelven la espalda. Esto acontecía entonces en Italia y España. Allí naciones enteras antiguas aliadas de Roma se levantaban en favor de Aníbal victorioso: acá naciones enteras aliadas de Cartago ofrecían su alianza á Escipion triunfante: en Italia iba Roma en caimiento, y en España iba Cartago de caída. Mas de ciento y veinte pueblos españoles se confederaron con Cneo Escipion, principalmente celtíberos, gente poderosa y de brio, con cuyo auxilio pudo Cneo hacer una atrevida correría hasta Castulon, centro de la dominación cartaginesa.

Solo los ilergetes, capitaneados por dos régulos, Indibil y Mandonio, se atrevieron á tomar las armas contra los romanos y á entrarse tumultuariamente en sus tierras. A juzgar por los discursos que los historiadores ponen en boca de aquellos dos caudillos, fué el primer grito de independencia que se levantó en España contra el poder romano, y en general contra toda dominación extranjera. «No os fieis, decían, de unos extranjeros que, con pretexto de abatir el orgullo de los cartagineses, vienen á quitaros vuestra libertad y á usurparos vuestros bienes. Así han venido antes los griegos, así los mismos cartagineses, prometiéndonos felicidad con dulces palabras, para levantarse despues con el mando y ponernos una vergonzosa servidumbre. ¿Qué necesitamos del auxilio de los romanos para sacudir el yugo de los cartagineses? Los que se han unido á ellos son traidores á su patria y á su libertad.» No vemos que los historiadores españoles hayan reparado bastante en este primer grito de independencia, y sin embargo, si aquellos dos jefes hubieran sido mas afortunados, si su voz hubiera encontrado eco entre sus compatriotas, hubieran podido pasar por los primeros restauradores de España. Pero enclavado el país entre pueblos confederados de Roma, y auxiliados estos por un cuerpo de tropas con que acudió Escipion, fácilmente dieron cuenta de los sublevados: y Asdrúbal, que se habia acercado á fomentar aquellas alteraciones, sufrió dos grandes derrotas por los briosos celtíberos, que esparcieron el terror por el campo cartaginés (1).

Tanta importancia daba el senado romano á la guerra de España, que con admiración vemos cuidaba de atenderla con preferencia á la Italia misma, no obstante lo envalentonado y pujante que allí se ostentaba Aníbal. Envió, pues, á España treinta galeras con ocho mil hombres y gran provision de vituallas, al mando de Publio, hermano de Cneo, el mismo que cuando se declaró la guerra habia sido destinado á este país. Acordaron los dos hermanos hacer un movimiento sobre la desgraciada Sagunto. Sabian cuánto gusto daban en esto á los españoles, y la política de Roma era ganarles las voluntades. Un concierto entre Abelux ó Abeluca, noble saguntino, y el gobernador del castillo, el cartaginés Bostar, les puso entre las manos los rehenes que en la fortaleza de Sagunto habia dejado Aníbal, á condicion de que habrian de entregarlos libres á sus familias. Cumplieron así los Escipiones, y aquel rasgo de generosidad (que á lo menos por tal se tradujo en aquel tiempo, en que debían escasear mucho las acciones generosas), les captó á los romanos gran partido entre los españoles. Enturbióles la alegría de aquel suceso la noticia de la funesta derrota de Cannas (216). Ellos, como fuese llegado el invierno, levantaron el campo de las cercanías de Sagunto, y se volvieron á invernar á Tarragona.

(1) Tit. Liv., lib. XXII.

El senado cartaginés por su parte ordenó á Asdrúbal que pasase á Italia. Expuso el general los riesgos que con esta partida correría la España toda, si antes no se le enviaba un sucesor con fuerzas suficientes para contener á los españoles; y en ello tenia razon sobrada, puesto que acababan de darle no poco que hacer los tartesios, que incitados y capitaneados por Galbo se le habian rebelado y puéstole en mas de un apuro, aunque al fin lograra sosegarlos despues (2). En su virtud vino Himilcon, nombrado gobernador de España, con grueso ejército, y á Asdrúbal se le repitió la órden de pasar á Italia. Obedeció éste, aunque no de buen grado, y púsose en marcha la vuelta del Ebro. Importaba á los Escipiones estorbar á toda costa su proyecto, y saliendo á encontrarle halláronse de frente cerca de aquel río. Trabóse allí una reñidísima batalla, en que pelearon los romanos como si de ella dependiese la suerte de Roma, y aun el señorío del mundo. Abandonaron muchos españoles á Asdrúbal, y sirviéronle ya poco al cartaginés su pericia y sus personales esfuerzos. Veinticinco mil africanos quedaron en el campo: prisioneros diez mil. Recogióse Asdrúbal con cortas reliquias de su ejército á Cartagena. Casi todos los pueblos de España se arrimaron al partido de los romanos (3).

Ni Roma se cansaba de enviar auxilios, ni Cartago refuerzos. Roma, exhausta de recursos, hallaba en la generosidad de los ciudadanos con que subvenir á las necesidades del ejército de España, que eran muchas, y los Escipiones observaban la política de no disgustar con exacciones al país conquistado. Cartago volvió á enviar otras sesenta naves con doce mil infantes y mil quinientos caballos al mando de Magon, hermano tambien de Aníbal y de Asdrúbal. Aliéntanse con esto los cartagineses de España, pero no por eso los alumbró mejor estrella. Los tres generales reunidos se ponen sobre Illiturgi (Andújar), que les habia hecho defeccion, y acudiendo los Escipiones hacen gran matanza en su gente, y les toman cuatro mil prisioneros (4). Igual éxito alcanzaron otra vez que volvieron sobre Illiturgi. Pasa despues el derrotado ejército cartaginés á acometer á Intibil ó Incibile (entre Teruel y Tortosa), y recibe otro escarmiento: aquí murió Himilcon, capitán esforzado. Ni fueron mas afortunados en Bigerra, en Munda (sobre las bocas del Ebro), en Auringis (Jaen): en todas partes eran desbaratados los cartagineses, á pesar de haber venido Asdrúbal Gisgon en reemplazo de Himilcon. Lo peor era que en Italia se cansaba la fortuna de sonreír á Aníbal, y allí tambien se mostraban ya engreidas las águilas romanas. Solo les quedaba á los cartagineses el genio de Asdrúbal Barcino, que superior á todos los desastres es muchas veces vencido, pero jamás desmaya; se retira, pero no sucumbe.

Acordáronse entonces los Escipiones, no sin rubor, de la fidelísima Sagunto, que destruida por Aníbal y reedificada despues, llevaba ya cinco años en poder de los cartagineses, y estaba siendo afrentoso padron de la fe romana. Dirigiéronse á ella; obligaron á la guarnición á capitular, y sacándola del dominio cartaginés la restituyeron á los pocos vecinos que habian podido sobrevivir á la catástrofe primera (214). Revolviendo despues sobre la capital de los turboletas, los causadores de su anterior ruina, la desmantelaron y arrasaron por los cimientos, vendiendo á sus habitantes en pública almoneda. Devuelta Sagunto á sus antiguos dueños, fué recobrando bajo los romanos su prosperidad; y á esta época deben atribuirse los magníficos restos que han quedado de esta ciudad de gloriosos recuerdos.

Todo parecia conspirar en este tiempo contra Cartago. Aníbal empezaba á ser vencido en Italia, como luego habremos de ver. En Cerdeña el ejército de Asdrúbal el Calvo era deshecho por Tito Manlio Torcuato. En Africa un príncipe nómada nombrado Siphax, llevado de un particular resentimiento, volvía sus armas contra la república, y ofrecía su alianza á los romanos. ¿Cómo no sucumbió Cartago en situa-

(2) Livio escribe *cartesios* por *tartesios*, lo que ha dado lugar á versiones y conjeturas que no nos parecen necesarias.

(3) *Tunc vero omnes prope Hispaniæ populi ad romanos defeecerunt.* Tit. Liv. lib. XXIII.

(4) Mas de tres mil infantes, dice Livio, y poco menos de mil caballos. Ibid. cap. 34.

SEPULCRO DE LOS ESCIPIONES

El monumento conocido con el nombre de *Torre ó Sepulcro de los Escipiones* se halla á una legua de Tarragona, junto al camino que desde esta ciudad va á Barcelona, no léjos del mar y en medio de un bosquecillo. Sobre un anchuroso zócalo cuadrado elevanse dos cuerpos de la misma forma, contruidos con grandes sillares, sin ningun adorno; la parte superior está bastante deteriorada, debiendo haber venido al suelo un buen trozo de fábrica, que ahora tiene mas de treinta piés de altura. A pesar de su sencillez, respira tanta elegancia en sus proporciones y tanta majestad en el conjunto, que no sabemos si la hubieran caracterizado mejor detalles y esculturas. En la parte que mira al mar, en el primer cuerpo sobre el zócalo resaltan dos figuras que no calificamos de bajos relieves, porque exceden la regular medida de estos, ni de estatuas aisladas, porque están esculpidas en las mismas piedras del monumento; apoyadas cada una en un pequeño pedestal con la cabeza reclinada en una de sus manos, aun á través de lo roído por el tiempo y el aire del mar vese en su rostro una expresion de tristeza que se aviene bien con el destino del monumento. En concepto de algunos autores, como no advierten en estas figuras ninguna de las insignias con que se acostumbra á decorar las heróicas, representan dos esclavos con que el escultor quiso personificar el dolor; otros autores las consideran como dos guerreros vestidos con el *sagum* de campaña. Sobre ellas corre todo el frente una lápida muy estrecha, cuyos semi-borrados caracteres por lo ininteligibles no pueden conducir á ninguna aclaración concerniente á la obra, que no debió estar aislada, pues á su alrededor, al abrirse la carretera moderna, se encontraron restos de muros y otras señales de edificios.

Nada, pues, en este monumento indica á qué ilustres personas se dedicó, y en vano es acudir á la historia que tambien guarda silencio sobre el particular; tan solo la voz popular ha designado los habitantes de aquel sepulcro, llamándolos Escipiones. Es cierto que ningun documento apoya esta tradicion, pero tampoco puede oponérsele nada, si ya, hasta cierto punto, no la favorece la circunstancia de haber muerto los dos héroes romanos en batalla campal cerca de Tarragona, y la de que á ellos debió esta ciudad gran parte de su esplendor, pudiendo muy bien la gratitud pública haberles erigido por estas causas dicho monumento.

PUERTA CICLÓPEA LLAMADA LA PORTELLA, EN TARRAGONA

Una de las mas antiguas invasiones de una parte de la España, aquella á que despues correspondió la de la provincia tarraconense, fué la de los pelasgos, pueblo vigoroso que se enseñoreó del territorio á despecho de los indígenas. Para defender sus nuevas moradas de la continua hostilidad de estos ocurriéronse á los pelasgos rodearlas de muros consistentes en la superposición de enormes moles de piedra, trabajo verdaderamente de titanes ó ciclopes, por cuya razon se titulan esas primitivas murallas *muros ciclópeos*.

Lo primero que se ocurre al examinar los materiales de dichos muros es de dónde fueron extraídos y por qué medios se colocaron en su actual sitio. En seguida y á la vista de las angostas puertas de entrada, que no tienen vestigio de marco, ni dintel, ni manera alguna de cerrarse, cómo se practicaba esta operacion tan natural, y mucho mas en un pueblo que se fortifica contra enemigos á quienes teme.

Tocante á la colocación de las piedras, hay quien opina que fueron conducidas por el sistema rodado; pero ¿de dónde y cómo fueron extraídas? Por de pronto es indudable que las peñas no se sacaron de sitio contiguo, pues no existen en el terreno canteras á propósito. Además, ¿cómo se cortaron cuando sus constructores carecian de instrumentos al efecto? ¿Cómo se elevaron siendo así que les era desconocida la cábria, la polea, los instrumentos todos que tan poderosamente auxilian las fuerzas del hombre?

Por lo que hace á las entradas ciclópeas de la ciudad, una de las cuales se conserva hoy con el nombre de la *Portella*, es sumamente raro que un pueblo que comprendia la puerta y la conveniencia de hacerla baja y angosta, sin perjuicio de que por de pronto no diera acceso sino á una especie de corredor oscuro y estrecho, medidas todas encaminadas á evitar una sorpresa, no haya dejado vestigio de su sistema de cierres, haciendo presumir que las entradas no se cerrarian, sino que se obstruian, bien con troncos y ramas, bien haciendo rodar alguna gran piedra hasta la boca del muro, todos ellos sistemas que acusan un estado de civilización mas que infantil.